

## La parodia en la enseñanza de literatura

Víctor Manuel Peláez Pérez  
(Universidad de Alicante)

### Resumen

En la actualidad existen numerosas propuestas para la enseñanza de la historia literaria, pero nadie se ha planteado aún los beneficios que se obtendrían si nos aproximáramos a los textos desde aquellos otros textos que, coetáneos o no, los parodian: sintetizan sus características más representativas, nos ofrecen una perspectiva lúdica de la literatura y corroboran el alcance popular de los textos parodiados. La historia de la parodia literaria se erige en un original comentario creativo de las grandes obras de la literatura en todos sus géneros y, a su vez, en un innegable medidor de las aficiones literarias de lectores y público. No se trata de la historia de la literatura que estudiamos en los manuales, sino de la literatura que llega a la sociedad mayoritaria; de otro modo, el propio género paródico no tendría sentido. Propondremos, por tanto, una línea cronológica de aproximación a la historia de la literatura desde la parodia, con la intención de concretar los beneficios que de ella se derivan en su aplicación a la enseñanza de la materia a todos los niveles, aunque de gran interés para el estudiante joven de secundaria.

La enseñanza de literatura no pasa por sus mejores momentos. Sería pretencioso por nuestra parte enumerar las causas objetivas de tal situación. Sólo resaltaremos, por su estrecha vinculación temática con la cultura popular, que la literatura ya no forma parte esencial del acervo cultural de la sociedad; máxime de las últimas generaciones finiseculares. En consecuencia, no resulta sencillo predisponer favorablemente a nuestros jóvenes hacia la lectura y, aún peor, a la afición a la historia de la literatura. Quienes nos dedicamos a la enseñanza conocemos esta problemática muy de cerca. No obstante, nos congratula ver que existen numerosas tentativas para hacer más llevadera la enseñanza de la literatura, tanto a nivel editorial como a nivel de centro e, incluso, particular. La práctica totalidad de propuestas se engloba en el marco de las nuevas tecnologías de la información, de modo que, por un lado, se produce una aproximación al círculo de intereses del estudiante y, por otro, se desarrolla la competencia digital, uno de los requisitos del currículo escolar. Nuestra propuesta, sin embargo, parte de otro marco, el propiamente literario, aunque sin descartar los beneficios que nos aporta la tecnología, a la que acudiremos como herramienta, no como fin. El punto de partida de la enseñanza literaria será la parodia, género igualmente literario, y su éxito escolar se halla ligado a la naturaleza lúdica de este tipo de creaciones artísticas.

Los criterios de selección del género paródico como herramienta propedéutica no se restringen a su carácter lúdico. Éste es el aspecto que explotamos en el aula para captar la atención y el interés del alumnado, pero no es el motivo exclusivo que nos lleva a su elección. Son de muy diversa naturaleza las causas que nos mueven a esta decisión. En primer lugar, la parodia permite aproximarnos a la cultura popular de todas las épocas, de modo que con ello conseguimos que el alumno reflexione sobre las aficiones culturales de cada uno de los períodos abordados, incluyéndose ellos mismos en la historia de la cultura popular. El alumno no es ajeno al género paródico. Sí puede serlo a la parodia literaria, pero no al género en sí mismo. Basta con inventariar los programas televisivos o las películas que constituyen su acervo popular. Entre ellos proliferan los de naturaleza paródica, porque los empresarios conocen las aficiones de nuestra sociedad y tratan de explotarla al máximo a través de parodias que recogen imágenes fácilmente identificables por los receptores. Este juego de identificaciones es la base del éxito de la parodia y constituye nuestro punto de partida. Una vez que el alumno reconoce que no es ajeno a la parodia y que, además, disfruta de ella, es más sencillo adentrarle en la parodia literaria. Gracias a este proceder, el estudiante identifica los procesos lúdicos que utilizaban los parodistas en literatura, que no difieren esencialmente de los que se dan en otras manifestaciones actuales, y valora, a su vez, la literatura no como mera historia de autores, obras y características, sino como cultura viva de un colectivo, acervo cultural de un pueblo, que provoca pasiones y genera parodias al igual que las películas u otros eventos cotidianos de actualidad. Por tanto, resumiríamos esta primera razón para el uso propedéutico de la parodia en que aprovechamos un género no desconocido para ellos, el cual modificará la percepción tradicional de la literatura.

En segundo lugar, acudir a la parodia significa conocer la verdadera historia de la literatura, aquella que llegó realmente a una mayoría. No es la historia de la literatura de minorías, sino que es la historia que generó polémicas, que reinó en número de lectores, que se perpetuó en los escenarios, en suma, la literatura que triunfó (Peláez 2009). De ese modo conseguimos que los alumnos capten el fenómeno literario como un hecho socialmente relevante, comparable con cualquiera de las aficiones actuales que ellos comparten. Valga como ejemplo de lo que decimos el caso del teatro de José Echegaray. Nadie estudia hoy día su obra teatral y, sin embargo, ocupó las carteleras teatrales de finales del siglo XIX y principios del XX. Su fama le llevó a ser el autor más parodiado de su época. Con esto no pretendemos reivindicar su figura, sino reconocer su verdadero

papel en la historia del teatro de su época y explicar de un modo más ameno, gracias a las parodias, fenómenos que fueron consecuencia de su teatro; y estamos pensando en las controversias que suscitó entre los integrantes de la generación del 98 o en esperpentos de Valle-Inclán como *Los cuernos de Don Friolera*, imposibles de explicar sin el referente echegarayesco. La parodia nos ayuda, por tanto, a conocer la verdadera literatura del pueblo, aquella que la sociedad conocía de memoria y que posibilitó la renovación del arte literario. Se trata de una historia más fidedigna y que nos resulta más valiosa a la hora de que los alumnos entronquen la literatura con la vida cotidiana, sin que aquella resulte una actividad elitista ajena al interés general. Cuanto más destaquemos que la literatura ha sido siempre como el deporte o el cine en la actualidad, capaz de arrastrar a las masas y de suscitar pasiones exaltadas, mejor será la actitud del alumno frente a ella.

Una tercera razón para trabajar la literatura desde la parodia, enlazada con la idea anterior, es la posibilidad que nos brinda el género para explicar diacrónicamente la historia de la literatura. No hay apenas época en la que la parodia no haga acto de presencia (Crespo Matellán 1979). El género acompaña toda la historia de la literatura y, por tanto, nos permite explicarla sin ninguna dificultad. Aristóteles ya recogió la parodia en su tratado poético y en España desde muy temprano hemos disfrutado de sus recreaciones. El Arcipreste de Hita recopiló en su *Libro de buen amor* un amplio abanico de composiciones paródicas que nos permiten explicar tanto la lírica popular como la culta de época medieval, así como las creaciones literarias del mester de clerecía. La primacía de las narraciones sentimentales, ejemplificadas en *Cárcel de amor*, queda paródicamente descrita por Fernando de Rojas en *La Celestina*. Las novelas de caballerías, que tanta afición lograron, son el referente paródico de *Don Quijote de la Mancha*, que, a su vez, recrea lúdicamente los restantes géneros narrativos renacentistas, tales como el bizantino, el pastoril, el morisco o el picaresco. Los versos del culteranismo gongorino, de cuyo prestigio nadie dudó, obtuvieron paródica respuesta en las sátiras de Quevedo. A las comedias y dramas barrocos les correspondieron las comedias burlescas. Las fábulas dieciochescas suscitaron recreaciones paródicas que dieron lugar a controversias entre sus dos principales cultivadores, Samaniego e Iriarte. El siglo XIX supuso la época dorada de la parodia, que recreó dramas románticos, óperas, zarzuelas, novelas realistas... Así hasta la Guerra civil, que inició un período literario complejo, en el que las creaciones de compromiso, que son las que han trascendido a nuestros días, estuvieron al margen de cualquier

recreación paródica. Ya en democracia, la parodia cambió de referentes: la literatura quedó a un segundo plano, por detrás del cine y del cómic.

Evidentemente no es este el lugar para llevar a cabo una historia de la parodia literaria. Sólo pretendemos ofrecer una somera aproximación que justifique la posibilidad que, como herramienta metódica, supone la parodia para trabajar la historia de la literatura en el aula. Uno de los prejuicios al que nos hemos enfrentado ha sido la negativa concepción del género, asociado a lo trivial, lo irreverente y a la risa fácil. Los beneficios de los que hemos hablado, esgrimidos como causas que justifiquen su uso, quedarían sin efecto si focalizáramos unas creaciones de escaso mérito estético como puntos de partida para explicar las grandes obras de la literatura. Sin embargo, esta visión no es exacta. La parodia no es un género parásito, carente de ingenio, que trate de aprovecharse del mérito de sus obras remedadas, así como tampoco busca como meta la risa fácil; ni siquiera tiene por qué buscar la risa. Su único precepto es el juego textual. La parodia enfrenta al receptor con una creación artística que le propone una actividad lúdica: identificar otro texto. En esa identificación radica el éxito de la parodia. Las consecuencias de ese proceso pueden ser varias. Entre ellas, la reacción cómica es la predominante, pero nunca la única posible. En nuestro caso sí conviene explotarla, porque la trabajamos como vía para “engancha” al alumno a los textos literarios, y sabemos que el humor resulta fundamental para atraer a los jóvenes estudiantes. Pero el humor ni es inútil ni es superficial. Ahí entra nuestra capacidad de saber transmitir un mensaje más profundo, que se esconde entre esas dosis de humor. Por ello no podemos despreciar la parodia. Traemos a colación unas reflexiones de Unamuno respecto de la parodia por excelencia, *Don Quijote de la Mancha*:

En una obra de burlas se condensó el fruto de nuestro heroísmo; en una obra de burlas se eternizó la pasajera grandeza de nuestra España; en una obra de burlas se cifra y compendia nuestra filosofía española, la única verdadera y hondamente tal; con una obra de burlas llegó el alma de nuestro pueblo, encarnada en hombre, a los abismos del misterio de la vida. Y esa obra de burlas es la más triste historia que jamás se ha escrito; la más triste, sí, pero también la más consoladora para cuantos saben gustar en las lágrimas de la risa la redención de la miserable cordura a que la esclavitud de la vida presente nos condena. (2008: 434)

En consecuencia, nadie debería despreciar la parodia ni por superficial ni por cómica. La parodia sólo implica juego textual. Por lo demás, su creación es tan original y puede contemplar tantos mensajes como otra cualquiera. A las pruebas nos remitimos: parodistas célebres como el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Miguel de

Cervantes, Calderón de la Barca, Leopoldo Alas “Clarín”, Valle-Inclán, Pedro Muñoz Seca o Jardiel Poncela dignifican el género y constituyen prueba suficiente de que no estamos ante creaciones insignificantes ni triviales. Así pues, su uso propedéutico en el aula queda, a nuestro juicio, suficientemente respaldado.

Un último argumento favorable a su uso incide en una de sus características intrínsecas: la síntesis que supone de rasgos del texto parodiado (Íñiguez Barrena 1999). Este hecho nos permite explicar no sólo la obra remedada sino las características estéticas del movimiento en que se inserta. Imaginemos que queremos explicar el Romanticismo. Para ello cogeríamos una de las numerosas parodias de alguno de sus dramas y obtendríamos una visión original y artística respecto de los principales atributos del movimiento literario. Obviamente no podemos caer en el error de conceder plena autoridad a una imagen deformada de la realidad. Debe ser el punto de partida para motivar al alumno. Una vez que este resulta expuesto a la confrontación de textos, es tarea obligada neutralizar el efecto de degradación paródica para que prime una exposición objetiva de los rasgos que pretendemos explicar. El sistema es muy sencillo en su concepción: ofrecer una apariencia apetecible al alumno, una imagen llamativa, que a nosotros nos permita a partir de ella transmitir el mensaje pertinente. Al igual que Fernando Rojas explicaba respecto del mensaje de *La Celestina* que al componerla pensó en el ejemplo de las medicinas, cuyo amargor era neutralizado si iba acompañada de ingredientes dulces, nosotros procedemos del mismo modo, recubriendo la historia de la literatura con una propuesta de naturaleza lúdica.

El método de trabajo es sencillo: seleccionamos fragmentos de los textos paródicos y sus correspondientes pasajes de las obras remedadas para llevar a cabo el ejercicio intertextual. En este caso resultan extremadamente beneficiosas las nuevas tecnologías, puesto que gracias a la proliferación de las ediciones digitales de los textos podemos proyectar en las aulas dichos fragmentos. Más difícil nos resulta localizar ediciones digitales de parodias. No hay problema alguno con las más difundidas, de las que incluso podemos proyectar sus versiones cinematográficas. Pero si queremos trabajar las parodias del movimiento romántico, por ejemplo, no hay tanta suerte. En este sentido hemos creado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes un portal temático de parodias, por el momento teatrales, que facilitan el acceso a numerosas recreaciones. La rapidez y las múltiples opciones que el uso de Internet en el aula nos posibilita suponen un aspecto esencial del éxito de propuestas como la presente.

La selección de pasajes debe estar muy vinculada a los contenidos que pretendemos explicar: fragmentos de los que podamos extraer características generales del movimiento literario, del autor recreado y de la obra en particular. Los contrastes han de ser evidentes para facilitar la identificación y continuar con la neutralización del efecto paródico, que llevaremos a cabo entre todos. En ocasiones podremos omitir el referente parodiado, porque sólo nos interesa llamar la atención sobre alguna circunstancia genérica, no necesariamente asociada al texto remedado, o porque la parodia no tiene como referente una obra concreta, sino todo un género (pensemos en *Don Quijote de la Mancha* y las novelas de caballerías) o unos referentes aún más amplios (es el ejemplo de *La venganza de Don Mendo*, caricatura a un mismo tiempo del teatro clásico, romántico, echegarayesco y poético). Pero siempre tendremos que llevar a término dicho proceso de neutralización paródica, para no suscitar una imagen errónea del fenómeno literario que expliquemos.

Los beneficios de la parodia no se reducen a la motivación del alumno y a la original explicación de la historia de la literatura. El interés que suscite nos permitirá trabajar habilidades artísticas en el aula: realizar nuevas recreaciones paródicas a partir de los conocimientos adquiridos, tanto de los discursos parodiados como de los paródicos, así como inventar textos literarios originales, no paródicos, a partir de la información de una parodia determinada; esto es, les damos la parodia y ellos deben inventar el texto que sirva de punto de referencia para esa parodia, sin que consulten el original. Del mismo modo, las parodias se erigen en herramienta útil para trabajar los recursos literarios en el aula, ya que estos son un mecanismo habitual en el proceso de recreación de los parodistas. Y, aunque no sea prioritario, el uso frecuente del verso en muchas de estas composiciones aproxima al alumno a esta vía de expresión, cuya difusión ha venido a menos entre nuestra sociedad.

Aparte de los beneficios innegables en el área de lengua y literatura, el uso de textos paródicos en el aula posibilita actividades relacionadas con otras áreas de conocimiento. Pensemos en la estrecha vinculación entre parodia y caricatura, que nos brinda la opción de explotar actividades gráficas en las que los alumnos creen diseños caricaturescos de personajes, escenarios o situaciones concretas. También resulta factible, gracias al carácter satírico de numerosos remedos, desarrollar actividades relacionadas con la historia, ya que los parodistas aluden mordazmente a hechos y personajes coetáneos de moda. Las parodias también son un completo inventario de

actitudes y sabiduría populares, que permiten formarse una idea fehaciente de la vida cotidiana de la época.

Si conseguimos que el alumno se implique en este tipo de actividades y participe del juego textual literario que le brinda la parodia, habremos logrado un alumno competente, permeable a la actividad literaria e interesado en la literatura como ejercicio no elitista, sino cultural, popular, y habremos extendido una afición que va en decadencia entre los jóvenes estudiantes. Nada despreciable, sin duda. Este debe ser el fin último de la enseñanza de literatura en el aula. Es necesario modificar, que no eliminar, la concepción tradicional de aprendizaje de características, autores y obras para lograr estimular a los estudiantes, y la parodia nos ayuda a ello: integra la literatura dentro de la vida, la convierte en fenómeno cotidiano, en pasión viva, cercana a la sociedad, al mismo tiempo que dignifica estéticamente el propio hecho popular que supone. Lo próximo siempre llega mejor. Intentemos que la literatura sea próxima a ojos de nuestros estudiantes.

### **Referencias bibliográficas**

- CRESPO MATELLÁN, S. 1979. *La parodia dramática en la literatura española*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- ÍÑIGUEZ BARRENA, F. 1999. *La parodia teatral en España (1868-1914)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- PELÁEZ PÉREZ, V. M. 2009. *La época dorada de la parodia teatral española (1837-1918)*. Alicante: Taller Digital de la Universidad de Alicante.
- UNAMUNO, M. de 2008 (1988). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Cátedra.